

DOMINGO J. BUESA CONDE

Goya, vecino de Zaragoza
1746 - 1775



Museo del Teatro de Caesaraugusta
Zaragoza, 27 de octubre de 2021

Esta colección pretende poner al alcance de todos los interesados en la historia de Zaragoza, las conferencias que se han impartido en las diferentes convocatorias del ciclo “Goya y Zaragoza”, manteniendo el texto original. Colección “Goya y Zaragoza”, número 1.

Edita: Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis
Ayuntamiento de Zaragoza

© Domingo J. Buesa Conde

Imprime: Litocian

1ª edición, Zaragoza, diciembre 2022

Depósito Legal: Z-1807/2022



Cuando preguntas a los zaragozanos por la figura del aragonés más universal, por don Francisco de Goya, todos lo conocen y saben de su enorme importancia, incluso han visto y pueden mencionar muchas de sus obras pintadas a lo largo de su estancia en la corte de los Borbones, en la ciudad de Madrid. Pero, las cosas comienzan a complicarse cuando intentas que asuman que ese gran pintor vivió durante veintinueve años en la ciudad de Zaragoza; incluso que en esas tres primeras décadas de su vida se configuró como persona, con sus virtudes y sus defectos, se consolidó como pintor evolucionando desde su formación barroca a su nueva concepción del arte que se desarrolla en él desde su breve estancia en Italia. Cuando Goya llega a Madrid ya está consolidado y, como decía el recordado profesor Borrás en una conferencia en el Museo del Prado, “todo lo que es se lo debe a Zaragoza”.

Y así es como lo entendemos muchos, incluso como espero que piensen al final de esta reflexión que compartimos. Goya no sería Goya sin Zaragoza, sin su vivencia de esta tierra y de esta cultura con las que se encontraba profundamente unido. En esta línea hay dos cuestiones previas que quisiera dejar muy claro, por considerarlas fundamentales. Primero que cuando se afirma que Francisco de Goya, Paco Goya, no se sentía aragonés se está faltando a la verdad y se está ignorando ese ingente legado de cartas en las que nos contó muchas cosas de su intimidad. Y en segundo lugar que, al considerar a Francisco de Goya como un inculto, hombre iletrado y rudo, se está vendiendo una imagen falsa del maestro aragonés que ha aprendido en los escolapios de Zaragoza lo que significa la pasión por el saber.

Pero, toda esta pasión por Zaragoza que inspira la vida del maestro Goya, su profunda vinculación con la ciudad en la que vivió y trabajo los primeros 29 años de su vida, se perdieron en el olvido



de sus sucesores, hasta que la ciudad de Burdeos en el año 1928 decidió regalar a Zaragoza el cenotafio, el monumento funerario que estaba sobre la tumba en la que se enterró a Goya en el cementerio bordelés de la Grande Chartreuse. Y este hito de su tumba lo regaló la ciudad francesa a la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, conocedores de los elogios que el maestro Goya hizo cuando le nombraron socio de mérito y le permitieron trabajar por su patria, por Zaragoza.

Y en la amplia plaza de las Catedrales está el cenotafio como testimonio de este amor de Goya por la ciudad, rodeado de esas parejas de majos y majas que él inmortalizó, de espaldas a la Seo que no le provocó nunca interés y mirando al Pilar en donde estaban las pinturas que le generaron su peor vivencia, al tiempo que centraba esa devoción en la imagen de la Virgen del Pilar que le acompañó siempre, recordando la devoción que había heredado de su madre -como dice al defenderse de la acusación de afrancesado en 1815- precisamente “en Zaragoza, su patria”.



En esta conferencia no vamos a recuperar el itinerario urbano que recuerda la larga estancia de Francisco de Goya en esta ciudad, no sólo por ser asunto del que se ocuparon José Luis Pano y Samuel Ortíz, sino porque pienso que lo primero que debe interesarnos es su persona. Me parece de mayor importancia el acercarnos a la personalidad del pintor aragonés, a sus modos de entender el mundo, a sus aficiones, a sus miedos, puesto que no hace falta que les recuerde que todo ello es algo que debe a esos años zaragozanos, en los que se forma como persona al mismo tiempo que se va perfilando su dimensión de pintor genial. Por lo tanto, este es el reto que se nos abre al colocarnos frente a un hombre universal y este será el motivo de esta reflexión, que me dispongo a compartir con ustedes.

Francisco de Goya es una personalidad compleja, tanto por su trascendencia en el mundo de la cultura universal como por su complicada vida en una España que se debatía ferozmente entre el absolutismo y el liberalismo. Pero, además, considero que es un



personaje que se nos escapa en muchos aspectos porque ha sido visto desde su extensa e importante obra, eclipsando, por ello, la riqueza y la frescura de la información que nos facilitan los abundantes textos que nos quedan de su pasión epistolar, publicados en 1981 por el profesor Canellas López.

Con todos estos datos en la mano, hay que reconocer que Goya es un personaje muy real, cotidiano, que responde al hombre que recorre las calles y los caminos de la España de su momento, dejando su propio testimonio. Un hombre que escribe a sus amigos, que explica sus problemas, que destapa sus querencias... Al ser tan importante el volumen de información que nos dejó, voy a ignorar la la figura del pintor real, de lo que se ocupan certeramente otros especialistas como Manuel Mena, y recuperar a Paco Goya de Fuendetodos.

La idea que les propongo tendría además el respaldo de la tesis planteada por Todorov, un filósofo de origen búlgaro y vivir francés al que define su humanismo crítico. Este premio Príncipe de Asturias 2008, escribe que en este genio que se llama Goya hay dos mundos muy marcados, diferenciados, que, en cierta medida, le permitieron limitar sus amarguras en un país que trata con violencia a sus pensadores, en esa lucha entre los que quieren seguir anclados al pasado y los que entienden que es necesario abrir las puertas al futuro.

En la vida y la obra de Goya hay dos mundos, dos espacios que no se conectan, que tienen público diferente. Por un lado, el mundo público del pintor, solícito y complaciente con las personas que le encargan obras y le aportan recursos para vivir; y por otro el mundo privado del artista que dibuja su visión más real de lo que ve, que realiza obras que no están destinadas a ser compartidas, porque solo las mostrará dentro del círculo de los más íntimos.

SU IMAGEN PÚBLICA

A mí hace tiempo que no me interesa, independientemente del reconocimiento de la importancia de su obra, el hombre público que se maneja en la corte y que se va educando con muchas renunciaciones. Me cautiva el hombre íntimo, el de su casa, el de su familia y sus



amigos, porque deben saber que Francisco de Goya es una persona que incluso escribió sobre el drama que le supuso mantener la imagen pública a base de renunciaciones. En 1788 nos dice que está cansado de todo esto y que sólo desea “el tiempo sobrante emplearlo en cosas de mi gusto, que es de lo que carezco”.

¿A qué renunciaciones se refiere el pintor? En diciembre de 1790 le dice a su amigo Martín que le imponen “guardar una cierta dignidad que el hombre debe poseer, con lo cual, como debes creerme, no estoy muy contento”. Es decir, a un pintor del rey no se le permiten algunas cosas como por ejemplo disfrutar de las canciones y de los bailes populares puesto que le restan honorabilidad. Además, se ve obligado a seguir los dictados de los ilustrados que gobiernan oponiéndose a muchas cosas, Por ejemplo: ni les gustan los toros ni admiten las creencias de una población que sostiene una religiosidad llena de terrores. Goya, en 1781, nueve años antes, ya se había quejado de estar obligado a guardar una cierta dignidad que incluye la renuncia a los placeres sociales. Es ese momento de su vida es en el que escribe “me parece que he nacido en otro mundo”, que este no es el mío y que vivir en él me ha hecho renunciar a todo lo que me gusta.

Ser pintor del rey y miembro de esa élite ilustrada también tenía su costo, que es más dramático en cuanto afecta a asuntos personales. Por ejemplo, no es decoroso mostrar en público el placer de disfrutar los bailes populares, aunque sean los mismos que el maestro acabará convirtiendo en las escenas que decoran los palacios del príncipe don Carlos. Tampoco es bueno seguir integrado en ese pueblo, aunque la reina María Luisa entendiera que en sus diversiones residía la paz y la concordia social. Pero es muy complicado si tienes que compaginar un relato agradable en la pintura con mostrar ese rechazo en la corte, sobre todo porque estás rechazando aquello que ha formado parte de tu vida. Al final, excusado con su sordera, el gran Goya va retirándose progresivamente de la vida pública.

Nuestro reto, saliéndonos de todo lo que se repite machaconamente en los estudios, es buscar ese Paco y Repaco, o el “Francisco de tus glorias o Goya”, como se llamaba él mismo en carta a su amigo Zapater. Lo tenemos que recuperar porque es el hombre



que se forma en la ciudad de Zaragoza, durante los veintinueve años en los que se educa, trabaja, piensa y vive en nuestras calles y en nuestras escuelas. En suma, es nuestra obligación atender a la reconstrucción de esa figura profundamente zaragozana de Goya.

Vamos a la Zaragoza de la década de 1760, en la que viven poco menos de cincuenta mil personas, la mayoría de ellas dedicadas a la artesanía y al comercio, dada la privilegiada situación de la ciudad en el cruce de caminos del noroeste peninsular. La ciudad crece en superficie, se está mejorando su imagen con obras tan notables como nuevas iglesias y se está concluyendo el templo del Pilar que es el motor de un mundo artístico que tiene aquí un excepcional campo de trabajo.

Pero, frente a ello, hay una mayoría de agricultores que viven en barrios extramuros, que tienen que luchar por buscar nuevos cultivos, puesto que el poder corrupto controla el grano y va provocando un incremento del precio de un alimento tan básico como el pan. Es el momento en el que los Goicoechea plantan olivares en el ámbito actual del barrio de Las Fuentes y en el que la Iglesia se encuentra controlando la mayor parte del tejido habitacional, provocando un alto precio en los alquileres y la movilidad que provoca ese problema.

Es la vida angustiosa de una sociedad que camina a la sublevación, al Motín de los Broqueleros de 1766.

SU FORMACIÓN INTELECTUAL

En esta ciudad vive su infancia y adolescencia Goya y en ella se educa, cuestión que conviene que atendamos puesto que es tiempo de criticar esa visión de Ortega y Gasset que menosprecia el talento de Goya, considerando al pintor como un paleta, un analfabeto y un hombre ajeno al pensamiento ilustrado. De la mano de esa generación de pensadores hispanos, sale el cliché del bruto Goya, contestón, malhablado, malcarado, inculto, que es absolutamente inexacto y malvado. Aunque debo explicar que lo más triste es que mientras ésta es la visión hispana, el parisino Charles Yriarte reconoce -en 1867- que “debajo del pintor está el gran pensador que dejó huellas profundas”. No cabe duda que es un pensador que



trata de hacer imágenes que son una reflexión sobre el mundo y el hombre.

Francisco de Goya es el cuarto hijo del matrimonio de José y Gracia, celebrado en Zaragoza en 1736, que habita la casa de su abuelo paterno, notario, en la vieja Morería. Es una casa donde viven y donde trabaja el padre; una casa que han tenido que arreglar con un préstamo que no han podido devolver provocando su desalojo y abriendo un periplo por varias viviendas alquiladas, a las que -como les dije- no voy a dedicar mi atención. La familia la componen Rita (1737), malcasada y separada que colabora en las tareas de la casa, Tomás (1739) que ayuda a su padre en su taller de dorador, Jacinta que está enferma y morirá en 1750 con siete años, Francisco (1746) al que deciden formar como pintor, Mariano (1750) que muere muy pronto y Camilo (1752) al que deciden meterlo a cura, pues la familia no puede hacer frente al gasto que suponen sus intenciones de estudiar.

Paco comienza su andadura intelectual de la mano de los padres escolapios que han abierto colegio en Zaragoza, cerca de su casa, y que cuenta con grandes profesores como el padre Joaquín Báguena o el padre Joaquín Ibáñez, Joaquín de Jesús María. Uno de estos dos (yo no me atrevería a puntualizar pues solo sabemos que su profesor es el padre Joaquín) le enseña a leer, a escribir, los rudimentos de aritmética y las bases de la doctrina cristiana. Y en ese aprendizaje coincide con la persona que será su gran amigo, su confidente, su añorado compañero: Martín Zapater. Está claro que el niño Franchó Goya aprende a leer, a escribir e incluso le asombra el latín al que entra de la mano de los padres escolapios, a los que agradecerá muchos años después sus desvelos y el haber logrado que no fuera un iletrado, como le hubiera gustado a Ortega y Gasset.

Pero, mientras va aprendiendo en la Pía (la denominación popular de la Escuela Pía) va mostrando especial habilidad en dibujar, hasta el punto de que el jesuita José de Pignatelli, nieto del conde de Fuentes y que vive cerca de la casa del abuelo paterno de Goya, parece ser que le indica a la madre que sería bueno llevarlo a una academia de dibujo. Sea verdad o no, reconocerán conmigo que es una curiosa anécdota, con la cual vinculamos la vida del genio al



único santo nacido con seguridad en Zaragoza. Tampoco es extraño, puesto que los Pignatelli fueron decididos protectores de los pintores y albergaron en su palacio la Academia de dibujo del maestro José Luzán, a la que al final va el joven Francisco Goya que ya ha entrado en contacto con el arte ayudando a su padre a pintar y dorar, cuando la situación pide que todos echen una mano.

Cuando en marzo de 1831, su hijo Javier Goya haga una improvisada biografía de su padre escribe que “estudió dibujo desde los trece años en la Academia de Zaragoza bajo la dirección de don José Luzán y concluyo su carrera en Roma”. En 1759 está aprendiendo con el barroco Luzán, en la escuela que tiene abierta en Zaragoza, y demostrando su valía y adquiriendo conciencia de su oficio. Cuando le pida a Carlos III, en julio de 1779, que le dé una plaza de pintor de cámara le explica que tiene buenos fundamentos y oficio *“habiendo ejercido este arte en Zaragoza su patria, y en Roma a donde se condujo y existió a sus expensas”* antes de ser llamado por Mengs para trabajar en la Real Fábrica de Tapices. En ese momento, con treinta y tres años, la corte no le apoya y le responde -estando detrás Manuel de Roda, zaragozano que había tenido que estudiar en el cupo de pobres- que puede esperar pues “resulta ser un profesor aplicado, de talento y espíritu que promete mayores progresos en su arte”. Pero, en el futuro.

Está claro que su formación como artista genial se produce en la época zaragozana, tanto con las lecciones propias de su maestro como con ese aprendizaje que adquiere haciendo ese viaje iniciático a Italia, en el que entra en contacto con el legado de los grandes maestros mediterráneos, aunque puede estar pocos años por falta de recursos y por la delicada salud de su padre. Cuando él se vaya a Madrid es un artista genial, al que unos admiran y otros desprecian, al que solo le quedará conquistar la fama en la capital del reino. Aunque continúe con esa pasión por aprender que le imbuyeron los padres escolapios, un interés que le dura toda su vida y que había escenificado en 1758 con ese dibujo de un anciano proclamando “¡Aun aprendo!”.

Me van a dejar que haga un pequeño inciso sobre Josefa Bayeu, la esposa de Goya, zaragozana de nacimiento a la que debemos reconocer cierta inteligencia, más allá de la complicada relación con



Goya. Su marido le muestra la gratitud a Zapater por encontrarle casa, pero le indica que su mujer desprecia la cocina. El 9 de agosto de 1780, le hace saber que Josefa Bayeu, “la Pepa”, “me encarga que te diga que (la cocina) como es la sepultura de las mujeres de la casa, que le parece el paraje triste”. La frase nos demuestra que a su mujer no le debía faltar inteligencia y que estaba al tanto de lo que planteaban algunas mujeres de su tiempo.

SU AFICIÓN MUSICAL

El joven Goya que con treinta años se va a Madrid, además de no ser un iletrado, es una persona movida, divertida y amante de la juerga. Incluso ya ha entrado en contacto con el mundo de la música por el que mostrará afición toda su vida, incluso asistiendo asiduamente a la ópera en Burdeos con Leocadia Zorrilla. Es un muchacho que sabe tocar la guitarra, quizás habilidad aprendida durante sus estancias en Fuendetodos con su abuelo Miguel Lucientes, pues es la persona que le enseña canciones populares, bailes propios del pueblo, divertimentos cotidianos. Estamos hablando de una pasión de Goya que, como hemos visto, tendrá que ocultar porque no es adecuada en la corte de los Borbones, no por voluntad de la familia real sino de los nobles que deciden lo qué es correcto en ese escenario. Pero no podría olvidarla porque le debía mucho a la música.

Cuando en su casa pasan necesidad, y la época de Zaragoza fue muy dura, el joven pintor se dedica a tocar la guitarra en las tabernas o figones de la ciudad, especialmente en la de Mariquita que se abre en la tercera casa entrando a mano derecha a la calle de los Colchoneros, que comunica la calle Mayor con la plaza de Santa Marta. En ese local situado en la actual calle de Diego Dormer, donde sigue habiendo un bar, Goya dibujaba retratos sobre papel que cobraba y luego, a la noche, cantaba seguidillas con gran éxito entre el público que acudía a un local que él había decorado como contrapartida por la bebida que no pagaba.

En 1776 se refieren a él recordando “que es el mozo pintor de Fuendetodos que le emborrataba las mesas y las paredes” a la susodicha Mariquita que le permitía conseguir algunas monedas a



cambio de cantar, una afición que ocultó pero que no desapareció. Sepan que, en 1790, le manda a su amigo Martín Zapater unas partituras de cuatro tiranas y cuatro seguidillas y boleros que se las copia en papel reducido para que sean menos visibles y sobre las que le recuerda “que no se le ocurra pasárselas a nadie, si no las tendrá todo el mundo”. Goya está a punto de perder el oído, pero le va a dar igual porque no volverá a pisar los sitios donde actúan guitarristas y cantadoras en ese final del siglo.

Definida esta pasión por la música, la guitarra y la canción, que se vinculan a su etapa zaragozana en público y al resto de su vida en privado, es curioso ver cómo recomienda al guitarrista Paco Trigo en 1788 o como sigue protegiendo, al final de su vida en un arcón, el *tiple* o pequeña guitarra de voces muy agudas que toda su vida tocó en privado. Su respeto a la música le llega a dejar de escribir una carta cuando nos dice “Adiós, que estoy oyendo cantar perfectamente y no lo quiero perder”.

Sin embargo, no sería justo concluir este bloque sin atender las posibles referencias a la jota aragonesa en la obra de Goya, donde hay numerosas escenas en las que los protagonistas son la música y la danza, con parejas de bailadores que sugieren ciertamente un paso de jota. Lo verán en el “Baile de máscaras”, con ese movimiento intenso de la moza y con ese paso jotero que se baila con alpargatas atadas a buena altura. Goya, como buen aragonés, sabe de la dificultad del paso de jota y lo dibuja sin titubear en sus parejas de bailadores. Es algo que está presente en su obra porque forma parte de su vida en la que la seguidilla, el fandango y la jota tienen importante presencia. Es más, en sus cartas cuenta que a él y a los Bayeu les gustaba “lizanear” cantar jotas de picadillo, la liza en la que se decía que el gran Francisco Bayeu en alguna ocasión se empleó a medio vestir.

Cuestión que, me van a permitir decirlo, debe ser rasgo de familia puesto que, en 1783, Goya le cotillea a su amigo Zapater que mientras le escribe la carta, desde el veraneo en la finca de la infanta y de don Luis de Borbón, la Josefa está “a medio vestir, escuchando una tirana”.



SU AFICIÓN TAURINA

Cuando está en Zaragoza vive con plenitud otra de sus pasiones; los toros, con los que se encuentra en la moderna plaza que ha levantado el canónigo Ramón de Pignatelli, para recaudar dinero con el que mantener el Hospicio de la Misericordia. Aquí se convierte en un taurino muy activo, porque años después su gran amigo Fernández de Moratín, en 1825, recuerda cómo “Goya dice que él ha toreado en su tiempo y que, con la espada en la mano, a nadie teme”.

Estas palabras de un hombre que ha superado los ochenta años son el broche de muchas noticias que nos aporta la correspondencia del mismo pintor: cuando invita a Zapater a Madrid le propone que viaje “a ver cuatro fiestas de toros y comedias, y te ríes muy bien de todo”; o cuando en 1794 le explica a su amigo que “el lunes si Dios quiere, iré a ver los toros” y esto ocurre a pesar de que se siente mal pues confiesa que lleva “unos ratos rabiando, que yo mismo no me puedo aguantar”. Por si fuera poco, en el cartón titulado “La novillada” suponen los estudiosos que nos encontramos con un autorretrato de Goya: el joven protagonista vestido de rojo que mira al espectador.

Está claro que a Paco Goya le gustan los toros, rasgo de su personalidad que luego divulgarán los románticos, ejemplo de lo cual es su biógrafo francés Laurent Matheron que, en 1858, señala que “de todos los espectáculos de su país, el que más le entusiasmaba a Goya eran las corridas de toros”. Hoy día, se mantiene por algunos especialistas que estas menciones no son claras y que Goya era un hombre ajeno a los toros, que no le gustaban y que sus tauromaquias son únicamente un estricto documento histórico sobre el toreo de su época, tal vez meras críticas a esta fiesta que, es cierto, atravesó momentos difíciles por las abundantes muertes humanas en los alberos que propiciaron su prohibición por Carlos IV en 1805, en un Real Decreto que nadie se atrevió a cumplir.

Sin embargo, los datos que tenemos nos llevan a pensar que “Francisco el de los toros”, como lo llamaban y como firmó en alguna ocasión, vive con intensidad el gran proceso que se da en este momento y que se ha formulado con estas palabras “el torero moderno suplantó al aristócrata en la jerarquía del espectáculo” cuando la



lidia de las reses estaba reservada a la nobleza. Los siervos asumen protagonismo y se convierten en el contrapoder de los “señoritos” de la nobleza, en unos nuevos héroes que reclaman para sí una indumentaria propia y que nosotros llamamos “goyesca”. La larga corrida de toros se ha convertido en un acontecimiento y así la entiende el maestro.

El oscense Valentín Carderera, en 1835, escribe que “Goya se transformaba, los días de toros, con su gran sombrero, su chupa y capa terciada, y, con su espada debajo del brazo... entablaba relaciones con los toreros de más nombradía, injeriase, identificábase con aquellas interioridades que más perfectamente revelan el carácter de sus héroes”.

El pintor tiene amistad con los toreros, los nuevos referentes del pueblo, y conoce muy bien las dos escuelas que luchan en el momento. La sevillana, liderada por su amigo Pepe Hillo, al que dedicó muchos dibujos narrando su muerte que presencié en la plaza de Madrid en 1801, y en la que está el famoso Pedro Romero de Ronda que es el nieto del primer torero que empleó la muleta y el estoque para dar muerte a un toro. Y frente a la escuela sevillana la escuela aragonesa con Martincho, el Estudiante de Falces o Juanito Apiñani.

Goya con 18 años es asiduo de la plaza de la Misericordia zaragozana, desde el día de su inauguración el 8 de octubre de 1764 con el torero Martincho, nacido en Farasdués, que actuaba con una cuadrilla navarra que inventó las navarras (es decir: ir en dirección contraria a la de la embestida del toro), y al que Goya admira y dibuja en sus muchas hazañas: en una mesa, brincando por encima del toro o con grilletes y sentado en una silla.

Les recordaré que, en el coso de la Misericordia en mayo de 1927, centenario de la muerte de Goya, se celebró la primera corrida goyesca de la que se tiene constancia en España. Los toreros, con Nicanor Villalta, salieron del Teatro Principal seguidos de calesas con autoridades (los alcaldes de Zaragoza Miguel Allué Salvador; el de Huesca, Vicente Campo; el de Teruel, Arsenio Sabino y Pascual Grasa el alcalde de Fuendetodos) y mujeres con mantilla de encaje de niebla y flores.



SU AFICIÓN POR LA MODERNIDAD

Hemos contemplado dos claves de la personalidad goyesca: su afición a la música y su vocación taurina, que son deudoras de los veintinueve años que vivió en Zaragoza.

Pero durante los años que vive en la ciudad también entra en contacto con el mundo de los ilustrados, que, en torno al zaragozano Ramón de Pignatelli, se preocupan por modernizar una ciudad que les responde, que se involucra a excepción de un pequeño grupo de reaccionarios muy conocidos. El de los gremios que les apedrean porque no están dispuestos a liberar la economía y la producción, y el de los clérigos reaccionarios que opinan que el incendio de la Casa de Comedias en 1778 es la muestra del castigo divino por disfrutar de algo tan pecaminoso como el mundo escénico.

Hay un debate clave en esta sociedad: el enfrentamiento entre los que quieren abandonar el mundo barroco y los que quieren mantenerlo. Los ilustrados abogan por nuevos lenguajes y Goya siempre estuvo de su parte, aunque sabemos que mantuvo diferencias con ellos, pero compartiendo sus esperanzas. No debemos ignorar que Goya escribe que la experiencia del pintor es la experiencia del espectador, además de manifestar que “en mi pintura no hay reglas” y que “la mancha de color crea la figura”. Estos mensajes no son ajenos a la Ilustración, pero no son coincidentes con ella, porque el ilustrado está más cercano a la línea y al plano ordenado que al color desordenado, mientras Goya apuesta por manchas de color que nos hablan de la modernidad de este aragonés universal.

Ahora bien, es claro que avatares diversos de su vida, entre los que están los terribles daños provocados por los franceses en los Sitios de Zaragoza, le amplían las dudas sobre la utilidad o no de esta Ilustración. Ese es el momento en el que los cuadernos de dibujos que va haciendo para su ámbito privado, proponen la necesidad de mostrar a los hombres el mal que son capaces de hacer, sin olvidar que los mayores crímenes se cometen en nombre de valores elevados. Al final, se queja de que el poder ha cambiado de manos, pero la brutalidad de los actos se mantiene, porque -como se lamenta- en realidad los hombres no son mejores que las mujeres, los pobres no son mejores que los ricos. Los ilustrados cuando gobiernan no son mejores que los absolutistas. Y esto es dramático para Goya.



Esta dimensión de un Goya vinculado a la Ilustración, pero consciente de que no todo es bueno en la Ilustración, es un aspecto muy importante que se asoma en cuadros de enorme importancia como el retrato de Félix de Azara, un hombre tan altivo como solitario, rodeado de sus colecciones de estudio. O el del pobre madrileño Pío de Molina, que pasa a la posteridad como un hombre triste, amargado, hundido por un rey que lo nombra alcalde de Madrid y luego lo persigue por tener el cargo que le dio.

Ahora bien, ¿qué aprecia Goya de este movimiento que marca el fin del mundo antiguo? Dos cosas ciertas: la libertad como máxima expresión de la vida de los pueblos y la vinculación de estos pueblos con el territorio en el que ejercen su gestión del progreso. La clave nos la da su relación con la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, fundada en Zaragoza en 1776 por Pignatelli, a iniciativa del conde de Aranda que, buen observador de lo que está sucediendo en París, ve necesaria la irrupción en la vida pública de la sociedad civil como camino de evitar las revoluciones.

El 29 de octubre de 1790 Francisco de Goya le contesta a Diego Torres, secretario de la Económica zaragozana, agradeciéndole el que lo hayan hecho socio de mérito. Y en la carta la define como un “cuerpo tan acreditado y respetable, que condecora a mi Patria que tanto amo y de que me glorío ser hijo, y aunque mis méritos y mis desvelos eran siempre de muy corta consideración en comparación de los deseos de serla de alguna utilidad, confío en que la real sociedad admitirá estos para disculparme”. En estas líneas hay dos cuestiones a señalar: primero el reconocimiento por Goya del importantísimo papel que hace la Sociedad en el desarrollo del territorio aragonés; en segundo lugar, la afirmación de su condición de aragonés, de hijo de su Patria a la que espera serle de utilidad. Dos años después, cuando coloca a Latassa en la Real Academia de San Fernando a petición de la Económica, se deshace en alabanzas por permitirle “ocasiones en que poderles manifestar mi afecto y el anhelo que tengo por la felicidad de mi patria y de emplearme en cuanto contemple le puedo ser útil”.

Goya se muestra dispuesto a colaborar en la lucha contra la ignorancia y sus prejuicios, ocupación muy importante de los Amigos



del País zaragozanos, pero en sus dibujos (o en la lucha de los colosos del “Duelo a garrotazos”) comienza a manifestar que las dos ideologías, la tradicional y la moderna, son insatisfactorias y que los dos ideales no impiden que se mate y se torture. Goya, convertido en un observador despiadado del mundo humano, da un paso desde la Ilustración y plantea la modernidad: la relación de persona a persona es más importante que la que mantiene el individuo con el poder político. Cualquier ilustrado zaragozano hubiera aplaudido este planteamiento que cuestiona la “bondad sin pensamiento”.

SU AFICIÓN POR ZARAGOZA

El aragonés universal ha hablado de “patria” al referirse a los Amigos del País de Zaragoza, pero no es la única vez y esto nos permitirá entender mejor esta referencia. Hay dos cartas de Goya, situadas en la década de 1790, que certifican su sentimiento por este territorio aragonés, del que se reconoce hijo. Goya es aragonés, lo dice siempre que puede y más cuando habla de “mi patria”. Y este sentimiento es otro rasgo de esa modernidad del pintor porque “Patria” es un concepto muy dieciochesco que el Diccionario de 1737 ya define como “el lugar, ciudad o país en que se ha nacido”.

Ese viejo concepto de la “tierra de los padres” (*terra patria*) que acaba provocando el patriotismo como sentimiento de amor al territorio, si nos damos cuenta, remite al lugar de nacimiento con una carga más sentimental o espiritual que lo que provoca el concepto de nación. Aunque en Goya no existe esa pasión vanidosa de considerar lo suyo superior al resto, comportándose como un buen ilustrado de los que, como dice Feijoo, reconocen el mérito de los otros.

Ahora bien, me van a permitir que profundice un poco más en estas referencias goyescas a la patria, a su patria, vividas con pasión y orgullo. Goya cuando reconoce que ha nacido en Fuentetodos, pueblo en el que pasó temporadas de su infancia y juventud manteniendo relación con su familia materna durante muchos años, seguramente hasta la muerte de sus abuelos, otorga a Zaragoza un papel fundamental en su vida. Hay un texto interesante, del 4 de octubre de 1791, que es la aceptación de un permiso por parte del



palacio real, quizás para los trámites de esa nobleza que intentó alcanzar, explicando cómo el monarca en función de “la necesidad que tiene de pasar a la ciudad de Zaragoza, su patria, a diligencias propias, he venido a concederle un mes de licencia para que pueda practicarlas”.

En 1791 la ciudad de Zaragoza aparece como su Patria, pero no hay que olvidar que cuando Francisco de Goya está en tierras de Italia, escribe en ese cuaderno que va cumplimentado, día a día, una frase que tiene una importante carga afectiva y que nos muestra la realidad de ese sentimiento del joven pintor. Allí, en el conocido “Cuaderno italiano”, escribe: “Corazón, Zaragoza, Zaragoza”, plasmando en el papel de sus confidencias toda una declaración de principios. Es el mismo tiempo en el que, cuando formaliza un certificado en tierras romanas en 1771, escribe textualmente “natural de la ciudad de Zaragoza”. Podemos pensar que pudiera considerar que en esas lejanas ciudades mediterráneas conocerían mejor a Zaragoza, lo cual podemos aceptar, pero se reiteran en su tiempo vital muchas referencias a la importancia que da a Zaragoza. El 2 de octubre de 1808 comunica a la corte que le ha pedido Palafox que “vaya esta semana a Zaragoza a ver y examinar las ruinas de aquella ciudad, con el fin de pintar las glorias de aquellos naturales”. La cuestión se concreta más cuando la concluye señalando “a lo que no me puedo excusar por interesarme tanto en la gloria de mi patria”.

Yo con esto no quiero decir que no tuviera claro que el nacimiento físico tuvo lugar en Fuendetodos, como deja claro en el documento a sus herederos, del 3 de junio de 1811: “yo el don Francisco soy del lugar de Fuendetodos, reino de Aragón, arzobispado de Zaragoza, hijo de José de Goya y de Gracia Lucientes, vecinos que fueron de la ciudad de Zaragoza”.

Pero sí quiero remarcar que, durante su vida, él se sintió vinculado a Zaragoza que considera su patria puesto que llegó con unos meses y se marchó con veintinueve años, siendo muchas las veces que viaja a ella. El 24 de mayo de 1780 le escribe, por la noche que es cuando él escribe sus cartas, a Martín Zapater: “no te puedo explicar el gozo que tengo de que Dios nos deje vernos allí (en Zaragoza) con aquella gran satisfacción que mi voluntad se propone y



aquellos raticos de nuestras conversaciones que me chupo los dedos de pensarlo solo”. En junio de 1787 escribe “qué más quisiera yo que poder ir a Zaragoza un par de meses a vivir contigo y con Goicoechea”, sus mejores amigos que son zaragozanos. En 1790 viene a pasar las fiestas del Pilar, a casa de su amigo Zapater en el Coso. En 1794 está en Zaragoza, quizás visitando a algún pariente demente que tenía y le describe a Bernardo de Iriarte unas escenas de locos que “es asunto que he presenciado en Zaragoza”. Un año antes, el 19 de febrero de 1793, estando en Cádiz, recibe del Ayuntamiento de Zaragoza 2.000 reales por los trabajos que le han encargado y ha hecho gustoso: “cuatro trasparentes para el salón de sesiones” y dos cuadros alegóricos a Zaragoza. Lamentablemente perdidos.

Es un hombre que mantuvo siempre una pasión por Zaragoza evidente, que nos la manifiesta, que necesita alimentarla con sus estancias aquí, aunque no pueden ser todas las que quiere. Una pasión que sufre un profundo revés con la fallida intervención de Goya en la pintura de las bóvedas y cúpulas del templo del Pilar, en el que provocó con la “Reina de los Mártires” un auténtico enfrentamiento con la junta de obras, el cabildo y su propio cuñado, el todopoderoso Francisco Bayeu, que no entendieron su forma de pintar y, curiosamente, su rapidez que, para ellos, era signo de mal pintor.

Goya es un devoto de la Virgen del Pilar y recuerda con profundo cariño la figura de san José de Calasanz. Por ello, su anticlericalismo es un tema a acotar porque, frente al hecho de que tiene un hermano cura que adora o goza de la protección del canónigo Pignatelli, realmente se trata de una no aceptación de esa Iglesia absolutista, al servicio del poder, defensora de la Inquisición y enemiga del cambio. El 20 de octubre de 1781, cuando afirma que “no lloro ni pienso en llorar porque nadie es más rico que el que se contenta con lo que tiene”, le ordena a Martín Zapater que vaya al Pilar y allí “pídele a la Virgen que me dé más gana de trabajar, que estoy a mitad de pintar la tuya y de saber que es para allí me cuesta muchos trabajos”.

Vuelve a salir ese dolor que le produce lo acaecido en Zaragoza con el Cabildo, mucho más después de que viniera con tanta ilu-



sión en octubre de 1780, en vísperas de las fiestas de la Virgen, con su familia y sus colchones desde Madrid. Poco antes, cuando su amigo Martín Zapater le facilita la vivienda en la esquina de la actual calle Alfonso, le dice el 21 de julio de 1780 que “para mi casa no necesito de muchos muebles, pues me parece que, con una estampa de Nuestra Señora del Pilar, una mesa, cinco sillas, una sartén, una bota y un tiple y asador y candil, todo lo demás es superfluo”.

El suceso con la decoración del nuevo templo de Nuestra Señora del Pilar fue durísimo, y Goya llegó a quejarse a la Junta de Fábrica, el 17 de marzo de 1781, que “intentaban perjudicar y manchar su honor y que esto es irreparable”. En dos palabras para que coloquen el suceso: Goya viene con los Bayeu a pintar en el Pilar, pero no les gusta su modo de pintar y le exigen que le corrija Francisco Bayeu unos bocetos que ya había visto en Madrid y no “halló defecto alguno”.

Bayeu juega contra su cuñado y todos deciden que no pinte nunca más, en el Pilar. Goya con su familia se marcha a Madrid y escribe al canónigo Matías Allué que se retira a la corte, dolorido por no “haber acertado a complacerle, y que lo hará siempre que vuestra señoría le proporcione ocasión en que quiera emplearle en su obsequio Zaragoza”. Poco después, el 6 de julio de 1781, a Joaquina Alduy (tía de Martín Zapater) le dice que han llegado bien a Madrid “pero, con muchísimos sinsabores por el camino, por recordarme la memoria la pérdida de mis diversiones y de toda mi felicidad en Zaragoza. Ya no tiene remedio”.

Las cosas cambian y mucho a partir de este momento, cuando Goya dice la famosa frase (carta a Zapater del 14 de julio de 1781) “porque en acordándome de Zaragoza y pintura, me quemo vivo” y no sólo se queda aquí. Cuando el rey, pocos días después le encarga los cuadros para la Iglesia de San Francisco el Grande, se lo comunica a Goicoechea para “que la enseñe a esos biles que tanto han desconfiado de mi mérito” y a Zapater le dice: “y tú lo llevarás a donde conozcas que as de acer fuego que ay motivo para ello”. Se ha producido un corte brutal con Zaragoza, aunque él mantendrá abiertos todos los canales de relación que vamos a ver.



SU VIVENCIA COTIDIANA DE ZARAGOZA

Podríamos decir que la relación de Goya y Zaragoza tras este enfrentamiento se enfría, a lo que contribuye la muerte de su padre José Goya, el 17 de diciembre de 1781 en la casa de la calle Urrea. Seguirá mandando dinero para que pague la vivienda su hermana Rita, con la que siempre han preferido vivir sus padres, seguirá pintando escenas de toros con lo que sus apuntes captaron en la plaza de toros de la Misericordia donde vio a La Pajuelera (Nicolas Escamilla), la primera torera y picadora de España, a la que inmortalizó en 1815 en esa lámina que tituló “Valor varonil de la célebre Pajuelera en la de Zaragoza” o “otra locura suya en la misma plaza” referido a Martincho. Y donde, según Mariano de Cavia, pintó la barrera del callejón.

Pero, el enfado no ha logrado barrer de su vida diaria las cosas que le han mandado desde Zaragoza para disfrute suyo de esa vida en la corte que, hemos visto, le llena poco y de la que se aleja con la excusa de la sordera. Por ejemplo, sus perros los manda traer de Zaragoza y además incluso le pide una pareja de ellos a Martín Zapater para regalárselos al rey Carlos con el fin de que constatará las alabanzas que le había hecho el propio Goya mientras lo pintaba. El 20 de abril de 1785, Zapater le envía un perro aragonés y Goya apunta: “de lo que se alegra mucho. Trataré al perro como si se tratara de la persona que me lo envía”. El problema es que el perro les llegó varios días después “muy maltratado y más legañoso que he conocido, perdía la vista”, pero Goya lo atiende, lo lleva al albéitar en brazos y al final logra que se levante. Este es “Gitano”, al que prueba tres días en El Escorial (“que dicen hay mucha caza”) y se convierte en uno de los perros que más quiso Francisco de Goya, al que tanto mimó que dice que se le puso gordo, tarugo, siendo muy remolón “en el traer” su caza. En el verano de 1786 sabemos que “Gitano” sólo quiere viajar en la berlina de Goya y que se niega a correr, cosa que asume su dueño con normalidad. El 23 de agosto comenta que están los dos igual de mermados físicamente y dice “bebo bien y me divierto lo que puedo, pero aún tengo el tobillo hinchado y por las noches más. Gitano está en el albéitar que casi se me muere” y además “tiene pocos pies y siente mucho el calor y siempre va en coche o en calesín”. A pesar de todo lo cual, en un rasgo de esa humildad muy de cazador, dice que en todas las



“cacerías he sido el sobresaliente en matar piezas con todo de mi pierna mala y he cobrado fama, que a la verdad poco más hacen los más diestros”.

Es evidente que Goya es un gran cazador, en una jornada de caza mató 17 codornices, “38 piezas entre perdices, conejos y gazapillos”, y llega a escribir que “para mí no hay mayor diversión en el mundo que cazar”, cuestión que hace muy a gusto en los montes de Jaulín o en los de Toledo, pero que ha aprendido en las llanuras de Fuendetodos. Tierras a las que siempre se refiere cuando habla de cazar a gusto, en sitios hermosos de campos verdes, de horizontes inmensos, de piedras en las que merendar como a él le gusta.

Pero no sólo gusta de tener perros aragoneses, cuando ha de poseer mulas quiere que se las manden del barrio zaragozano de Torrecilla. Así ocurre el 19 de mayo de 1787 cuando nos las describe -con esa permanente visión crítica de todo- diciendo que han “perdido algo por el camino, pero son alhajas” con las que puede plantearse una berlina buena con mulas buenas para pasear e ir a cazar, asunto al que invita a su amigo Martín y al enterarse de que no quiere venir concluye, el 6 de junio, con un drástico “vete a la mierda”. Razón tenía para añorar las mulas de Torrecilla que le daban seguridad pues volcó en ocasiones con su birlocho, que deben saber era un carruaje ligero y sin cubierta, de cuatro ruedas y cuatro asientos, abierto por los costados y sin portezuelas que frenaran su cuerpo cuando volcaban.

El 1786 dio dos vueltas de campana en medio del paseo asustando a las gentes a las que quiso impresionar y, en abril de 1787, volcó dañando la pierna de un paseante y quedando él tan sanguinolento como una merluza. En los dos casos, producto de su afán por llamar la atención en una corte que estaba a punto de nombrarle pintor de Cámara, cargo que juró en Aranjuez el 30 de abril de 1789.

Leyendo las cartas de Goya a Martín Zapater se constata esta afición por los animales que le rodean y que quiere que le manden de Zaragoza, porque le dan mayor seguridad y son más cabales, si me permiten expresarlo así para ajustarnos a sus palabras.

Pero, no es lo único. Goya es una persona muy laminera, que siente pasión por el dulce hasta sus últimos días, y que además pide con-



tinuamente que le manden chocolate de Zaragoza. El 1783 lo pide para celebrar que ha comido con el propio conde de Floridablanca, secretario de Estado de Carlos III y en agosto de 1786 le agradece a Martín Zapater el chocolate del verano “que es delicioso”.

No olviden que el chocolate en Zaragoza era una industria muy importante, pues con los datos del archivo municipal que me ha facilitado la doctora Oliván Jarque, en estos finales del siglo XVIII hay un montón de maestros molenderos o chocolateros, en concreto en 1775 hay casi sesenta, que hacen el chocolate que acaban vendiendo en pastelerías / zuquererías y en estancos tan famosos como el de José Valdelló en la calle de San Juan, el de Cristóbal Martínez en Predicadores, el molino de José Marqués en la Cedaería, el de Ramón de Blas en San Pablo, el de Francisco Sopena en la calle Ylarza, y la tienda de Juan Lamarca en la de Torrenueva.

Y dentro del chocolate hay una cuestión que adquiere en la persona de Goya carta de total protagonismo: me refiero al turrón de chocolate. El 10 de enero de 1787, a la vez que ha recibido doce docenas del chorizo de Zaragoza que le gusta comer continuamente, señala que está encantado con los turrones que le manda su amigo y escribe “te estimé mucho los turrones, pues si no son de Zaragoza, le parece a uno que no son tan buenos como los que se venden aquí, aunque aquí sean mejores”. En la navidad de 1791 le llegan seis barras de turrón que le manda Zapater y dos que le obsequia Yoldi, en total ocho que es la cifra de los que recibe cada Navidad, entre ocho y diez tabletas de turrón de chocolate con guirlache.

El turrón se manifiesta como la gran pasión de Goya, el sabor que más le vincula con su querida ciudad de Zaragoza. Los recibe continuamente mientras vive su amigo Zapater, que muere en 1803 y al que lo último que escribe es la impresionante frase de “Los Reyes están locos con tu amigo” que ya es el primer pintor de cámara, el gran pintor del rey. Como él mismo se define “el mejor de aquí”.

Se nota en las provisiones de alimentos zaragozanos el vacío de la muerte del amigo al que quiso con locura, hasta el extremo que en 1787 le ruega que haga el favor de ir a Madrid a su casa “y haz lo que se te antoje, aunque no vengas a mi casa sino a cagar o a co-



mer, bailar y chinglar, rascar, llorar, bostezar, rezar, afeitarse, ladrar, saltar, machacar y cabrear”. Y hartado de que no quiere ir concluye con una salida muy clásica en él: “Vete a la mierda, que me caigo de sueño y la mano y la pluma no pueden más que decirte que yo estoy aquí. ¡Qué risa!”. Lo cual lo escribe, aunque no le han llegado los anteojos de Zaragoza, que son los que él quiere, porque con el que tiene ¿quizás comprado en Madrid? “no puedo ver ninguna serapia y me hace falta para la escritura”.

Zaragoza está en su mente y Goya está en la mente de Zaragoza, ciudad cuya Real Academia de Bellas Artes de San Luis le nombra, por aclamación, el 30 de enero de 1796, Individuo de Honor y de Mérito, lo cual hace que visite sus escuelas, venga a Zaragoza a dar clases magistrales y regale a la Academia muchas obras suyas.

SU ÚLTIMA PASIÓN POR ZARAGOZA

Goya sigue recordando a Zaragoza a través de esa guitarrica que ha viajado con él a París, donde se le cita siempre como el pintor español en todos los documentos e informes que se hacen por las autoridades policiales francesas, dado que continúa siendo una autoridad: el primer pintor del rey Fernando VII. El 27 de junio de 1824 llega a Burdeos, después de tomar las aguas. No es un desterrado, es un pintor al que se le permite vivir fuera de España y al que el palacio le manda su paga de pintor del rey y luego su jubilación. Como excusa se reconoce que está tomando las aguas que le solucionarán sus problemas médicos, entre otros los de la vejiga.

Este es el tiempo en el que Goya se encuentra en la ciudad francesa, como cuenta su gran amigo Leandro Fernández de Moratín, “tan contento y tan deseoso de ver mundo”, gastando sus últimos años.

La larga vida del maestro Goya concluía en tierras francesas cuando todavía le asaltaba una enorme pasión por trabajar, en un país cuya lengua apenas entiende y en el que mantiene relación con los españoles que han salido huyendo de Fernando VII. Es el momento en el que su memoria le hace recordar cosas del pasado, el tiempo cuando dibuja con intensidad acontecimientos que vivió de joven. Sigue inmortalizando a gentes de Aragón, como Orosia



Moreno, soltera de 30 años y natural de Jaca, que “solía hacer ratones” (1819-1823) recordando un Auto de Fe que vio a los 14 años en la iglesia de San Pablo, el domingo, 26 de octubre de 1760, o en los últimos meses a un baldado muy anciano que recordaba continuamente porque pedía limosna al no tener pies, pues “amaneció así mutilado en Zaragoza a principios de 1700”.

Eran sus últimas muestras de esa profunda vinculación con la ciudad del Ebro. Pero vivirá pocos años, pues una noche a las dos de la madrugada se durmió, después de estar enfermo desde que se cayó por las escaleras de su nueva casa. Era el 16 de abril de 1828 y las autoridades de Burdeos que se toman mucho interés dada la importancia de su persona, dejan escrito en el registro civil de esa ciudad del río Garona, que nace por cierto en España, que había muerto “Francisco de Goya y Lucientes, de 85 años, nacido en Fuendetodos. España”.

Con su muerte se pierde la conciencia de su vinculación a Zaragoza, cosa lógica cuando vemos la ignorancia de su único hijo Francisco Javier Goya y Bayeu que, en la primera biografía del pintor que escribe en 1831, dice que nació en un pueblo que se llama Fuente de Todos, en el Reino de Aragón. Gracias a Dios que Francisco de Goya no pudo leerlo.



Francisco de Goya, Le pusieron mordaza por que hablaba. Y le dieron palos en la cara. Yo la bi en Zaragoza à Orosia Moreno Por que sabia hacer Ratones, 1814 - 1823. Aguada, Píncel, Pluma, Sanguina, Tinta parda, Tinta ferrogálica sobre papel verjurado, Cuaderno C, 87, ©Museo Nacional del Prado



Francisco de Goya, Cazador con sus perros, 1775, óleo sobre lienzo, ©Museo Nacional del Prado.



Francisco de Goya, La novillada, 1780. Óleo sobre lienzo, ©Museo Nacional del Prado



1

COLECCIÓN CONFERENCIAS
CICLO
“GOYA Y ZARAGOZA”



REAL ACADEMIA DE
NOBLES Y BELLAS ARTES
DE SAN LUIS



Zaragoza
AYUNTAMIENTO